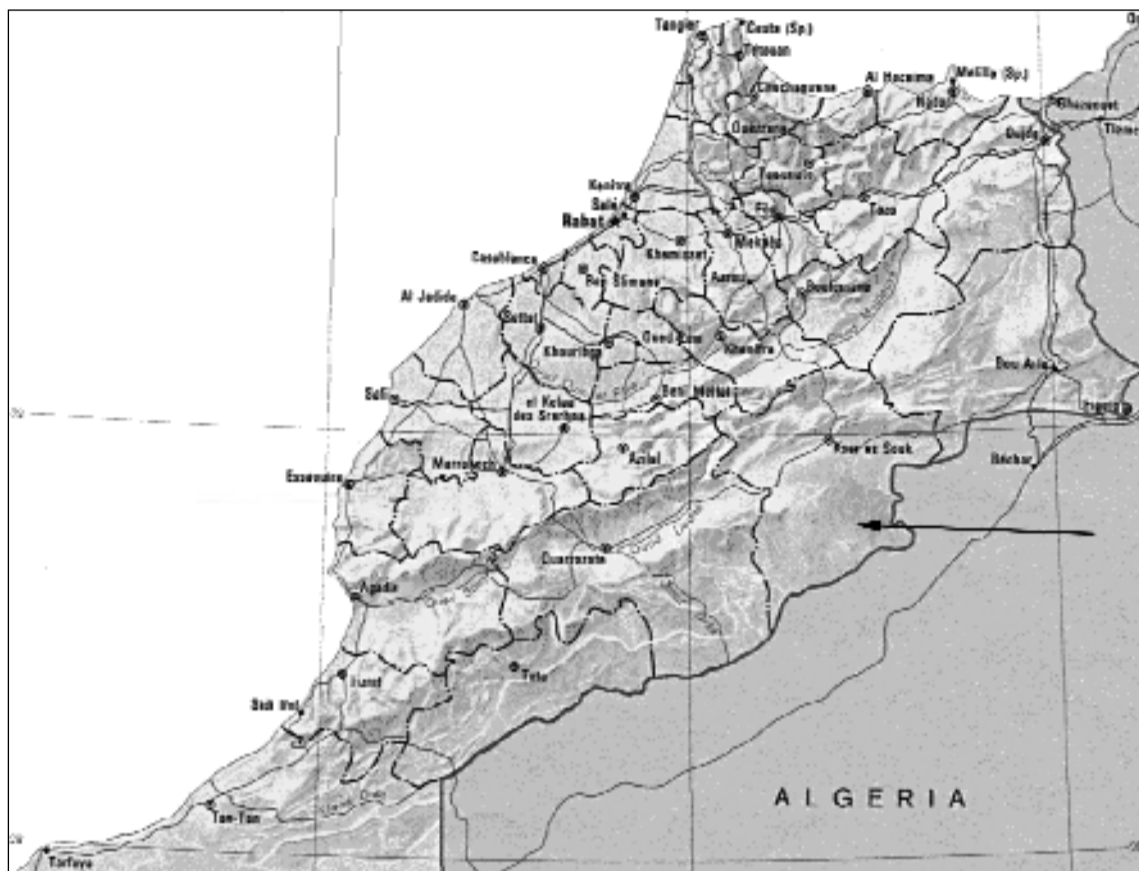


El refugio del tuareg

■ Carlos Mondéjar Otero

Dispuestos a descubrir la auténtica realidad de los pobladores del desierto, a quienes pensábamos sin duda portadores de tanta aureola de exotismo como las películas de nuestra niñez nos hicieron imaginar, partimos hacia el sur de Marruecos en verano del 1990, decididos a participar del encanto y compañía de tan fabulosos personajes, esperando encontrarlos conduciendo ora aquí ahora allá sus interminables caravanas de camellos hacia los frescos oasis, donde ya nos veíamos acogidos en las jaimas, con la proverbial hospitalidad que se describía en las superproducciones americanas de la época.

Con una Yamaha XT-600 de arranque eléctrico recién llegada del Japón (antes de que se cerrara el grifo de las importaciones directas de origen), y ya rodada en tiempo récord, salimos de Melilla hacia Guercif, Outat-el-Hadj y Errachidia, donde dormimos, para al día siguiente bajar hasta Erfoud, cuando por entonces terminaba allí la carretera hacia el Sur, y de donde salía una pista de tierra hacia las dunas de Merzouga. A medio camino de ella, en un cruce con otra, un viejo letrado de madera con forma de flecha indicaba, en cristianos caracteres: Derkaoua. Siguiendo la indicación, allí encontramos luego, en mitad de la nada, una típica construcción de barro, de aspecto medieval; en cuya entrada apareció, al ruido del motor, un hombre de más que mediana edad y aspecto europeo que, sin gran muestra de amabilidad, saludó no obstante con corrección acompañada de inquisitiva mirada, ante la cual preguntamos nosotros si aquéllo fue hotel o similar, obteniendo una afirmativa respuesta unida a una indicación del lugar apropiado para aparcar la moto, que fue un pequeño cobertizo con techo de madera y paja, donde la sombra se agradecía tanto como se deseaba. Descargados los bultos, nos entramos en el patio del albergue, con un muy cuidado jardín de gran variedad de plantas dispuestas en parterres y grandes macetas, y donde no faltaban grandes palmeras que, junto con unos toldos estratégicamente dispuestos, proporcionaban una fresca muy de recibo en día tan caluroso. Se nos mostró asimismo una especie de alberca que hacía las veces de piscina, aunque no se encontraba llena entonces. A la vista y declaración de nuestro propósito de pasar allí el día y la noche, André, que así dijo llamarse el propietario, de nación francés, hizo traer una tetera, que tomamos sentados en unos sofás mientras nos eran detalladas las condiciones de permanencia en el establecimiento, las cuales no se reducían al regular pago de la factura, sino que incluían una serie de requisitos previos a la aceptación del cliente,



La flecha indica la situación de Merzouga y sus famosas dunas

te, entre los que figuraban la prohibición del uso de aparatos de música, así como una tajante negativa a la admisión de grupos numerosos que menoscabaran con su algarabía la para él imprescindible quietud y sosiego del local todo. Nos pareció poco menos que fascinante el planteamiento de vida y negocio, y determinamos incluirlo en el listado de lugares altamente recomendables para un garantizado reposo del viajero. Aceptadas condiciones y precio, que por entonces rondaba la suma de 120 dirhams diarios (unas 1.700 pts. al cambio), André nos condujo a la recepción situada dentro del edificio, ubicada en el pequeño despacho que aparecía al fondo de un gran salón equipado con un gusto exquisito, con iluminación resuelta por lámparas de pie de forja con pantallas de pergamino, y amplias mesas bajas rodeadas de tresillos y mecedoras, entre las cuales se distribuían cestos de formas variadas repletos de revistas, muchas de ellas extranjeras, recientes, y todas de calidad. A un lado de la entrada del salón, en sala aparte pero sin puerta de separación en el muro, el comedor, con una gran mesa rectangular de madera sobre la que estaban dispuestos manteles individuales con sus platos, cubiertos y copas, muy al estilo galo, y, a su lado, la cocina, donde un grupo de cuatro o cinco mujeres, todas de la región, trabajaban relajadamente en las labores propias del servicio. Formalizada la recepción sin necesidad por nuestra parte de ver las habitaciones, tanto nos cautivó lo ya visto, a la nuestra nos acompañó personalmente, y quedamos gratamente impresionados por su sencillez y buen sabor, toda de adobe, con camas

de estilo por entonces llamado bereber y ahora más propiamente amazigh, almohadones de pluma y un tabique de media altura en un extremo, haciendo separación del baño, además de una pequeña ventana encastrada en el grueso muro que daba al jardín, cuyo vicioso verde resaltaba intensamente con el general tono terroso del entorno. Nos dijo entonces que tenía proyecto de instalar, con el tiempo, un sistema

“...sólo la posición del sol nos aproximaba a la dirección correcta, o al menos así lo pensamos hasta que nos dimos cuenta de que, en efecto, nos habíamos perdido...”

de calefacción, dado lo crudo de las noches de invierno en la zona. Tras dejar el equipaje en la habitación, aún salimos a un segundo patio del exterior, situado por detrás de la alberca-piscina, en el que unos arcos de hierro hacían de soporte a enredaderas que a todo su largo y alto trepaban, y bajo los cuales estaban dispuestas aquí y allá varias mesas y sillas de jardín, también de hierro, con manteles unas, cojines las otras.

Tras la comida, fuimos invitados a una copa de armagnac que André apreciaba como tesoro, y que luego nos rogaría no dejásemos de traerle de Melilla si desde allí volvíamos algún día a repetir visita, por resultarle en extremo

difícil el conseguirlo por otras vías. Ya en mayor confianza, brevemente nos relató su pasado como profesor en cierta lejana comarca del sur argelino, así como su necesidad, impuesta por salud, de vivir en lugares con tasas de humedad ambiental lo más cercanas al mínimo.

En la mañana del día siguiente salimos hacia Merzouga, no sin antes atender a las indicaciones de André, tan claras como en apariencia sencillas: “no hay más que seguir los postes del teléfono”, dijo. Y así lo hicimos mientras buenamente pudimos, porque, yendo la pista adornada de tanta rodera como aparecía, por momentos cada vez más largos, nos vimos en la precisión de separarnos tanto del tendido que incluso en ocasiones dejábamos de verlo, y más cuando la pista principal se bifurcaba en otras varias con no menor cantidad de surcos endurecidos; de tal manera que, pasado un rato, sólo la posición del sol nos aproximaba a la dirección correcta, o al menos así lo pensamos hasta que nos dimos cuenta de que, en efecto, nos habíamos perdido. Resultaba un poco ridículo el encontrarse en semejante situación a veinte kilómetros de cualquier parte, pero, dada la capacidad limitada del tanque de gasolina y el no pararse del sol en su recorrido, la idea de que la noche llegase sin que la papeleta hubiera sido solucionada era plato de poco gusto, y de menos aún sin agua para acompañarlo. De modo que, tragando saliva y dejando un poco que la moto nos llevara donde mejor pareciese, no siendo hacia alguno de los numerosos socavones y barrancos que salpicaban la tórrida planicie, terminamos por otear a lo lejos una pequeña construcción hacia la cual dirigimos toda

nuestra esperanza y anhelo, y, yendo hacia ella, alcanzamos a descubrir la silueta de lo que parecía ser un aeroplano, varado en la arena que rodeaba el pequeño edificio que habíamos avistado, y que resultó ser un pintoresco albergue, de nombre el del avión, situado al pie de una enorme hilera de dunas doradas; las cuales, a falta de quads y otros vehículos todoterreno menos cuidadosos en su pisar que las patas del camello, y de más ruido también, permanecían todavía con sus relieves dibujados en todo su antiguo esplendor. Aún desprovisto de agua o de luz que no fueran en botella, estaba el negocio atendido por un lugareño de buen arte en la cocina, como bien lo comprobamos antes de dormir una larga siesta reparadora de tanto bache sufrido. Ya descansados, nos informó el dueño sobre el camino a tomar a fin de localizar a un comerciante en alfombras de la región, cuya mercancía atesoraba en una chabola de barro a no mucha distancia de allí, en dirección suroeste, y que contaba al parecer con los mejores ejemplares de la zona. Siguiendo la pista indicada, una gran parte de la cual tenía el firme ondulado de forma tal, que era obligado el rodar justo a 80 km/h so pena de padecer como baile de san Vito si se reducía o aumentaba la dicha velocidad, avistamos por fin la construcción y, ya más cerca de ella, lo que el letrado situado sobre la puerta de entrada decía, también en cristianos caracteres: Tapis berbère; pareciera que, por fin, la suerte nos asistiese: seguramente en aquel apartado enclave se encontraría alguno de los exóticos habitantes que buscábamos, ocupado en la antigua tradición artesanal de la confección de alfombras y tapices que sin duda decorarían las jaimas de los viajeros en las soñadas caravanas de camellos que el Sahara atravesaban. A la puerta llamamos y, en efecto, un tuareg en túnica azul y blanco turbante nos dio la bienvenida e invitó a entrar en su refugio, donde, en ordenados montones, se hallaban apiladas gran cantidad de alfombras de los más diversos colores y motivos, sobre una de las cuales, bastante antigua, se nos ofreció asiento junto a una mesa hexagonal de madera labrada, muy similar a cualquier otra de las miles iguales que pueden encontrarse por los cientos de zocos de todo el magreb. Ofrecido el té de rigor, tal y como, según habíamos visto y oído, era costumbre, no quisimos desaprovechar la ocasión para hacernos con un par de piezas de las allí expuestas, una vez tomada nota del camino a seguir de vuelta luego hacia Erfoud, tras de lo cual comenzamos a extender una tras otra de aquellas cuyos colores más nos sedujeron, hasta decidirnos por una roja de lana y seda, con bordados de animales y sig-